

Algún Día Te Mataré

145

DANA CHAMBERS



COLECCION

Rastros

Este, el primero de los libros de Steele, se desarrolla en Connecticut y Vermont, y tiene a Steele ayudando a su viejo amor, Lisa Ridgman, ahora casada con un médico, a lidiar con el chantaje y el asesinato.

Escrita en una clara narrativa en primera persona, esta novela medianamente dura es una buena lectura. Steele es un personaje interesante: bebe *whisky* escocés, fuma Chesterfields, usa la crema de afeitar Barba-501, tenía una licencia de piloto y fue a España a volar para los Leales, y no duda de disparar o estrangular a un chico malo, cuando surge la necesidad. No es que Steele siempre llegue sin costo al final: a lo largo de estas páginas, Steele tiene la cabeza golpeada, es atado, le disparan con un rifle, es golpeado en la mandíbula y pateado en la ingle.

Hay una deliciosa referencia a Sherlock Holmes (el curioso incidente del perro), y en un momento Lisa llama a Steele «Dupin». Cuando Steele se detiene en un hotel fugando de algunos malos, se registra como «Flash Gordon de Nueva York».

La solución aquí implica el uso clásico de 3 indicios. Chambers da pistas de dos finales posibles hasta las últimas páginas, y luego se las arregla para darnos un segundo final sorpresa sobre la relación entre Lisa y Steele.

ALGÚN DÍA TE MATARÉ

Dana Chambers

SÁBADO

CAPÍTULO 1

El barman irlandés se hallaba entregado a uno de los fúnebres ensueños tan propios de los de su raza. El lánguido joven de los cabellos ondeados continuaba ejecutando al piano los acordes de *Loch Lomond* en dislocados fragmentos. No me agrada el *swing* de ninguna forma, y hubiera preferido que interrumpiera su ejecución.

Al fin dejó de tocar y me puse aún más nervioso al advertir el silencio con que se contemplaban dos parejas ubicadas en dos extremos distantes del salón. Terminé de beber mi segundo *whisky* y sentí que mi tensión aumentaba como el mercurio en un termómetro expuesto al sol.

Mi reloj pulsera indicaba las cuatro y treinta.

Señalé mi vaso y el barman salió de su trance para tomar de nuevo la botella de «Glenlivet». Mi camarero comenzó a echar cubitos de hielo en otro vaso, e introdujo la mano en el bolsillo para sacar lo que me tenía preocupado.

Sobre una hoja de papel de cartas de color de crema estaba adherido un medio billete de un dólar. Sobre la esquina superior derecha de la hoja veíase el bosquejo diminuto de un tren seguido por las palabras: *Old Lime*. Debajo había el dibujo de un teléfono con la leyenda: *Southport 321*; y más abajo un sobrecito en miniatura decía: *Birch Hill, Deep River, Connecticut*.

Me dije: «Lo único que se necesita ahora es un muchacho corriendo y las palabras *Oficina Telegráfica de Burlington, Vermont*».

La mitad del billete estaba adherida al centro de la página, y debajo del mismo veíanse escritas las siguientes pa-

labras:

«Sábado, a las cuatro, en el bar de Zanni».

Esto era todo.

Y era suficiente, pues el mensaje me resultaba claro como la luz del sol. Su primer significado era que el tiempo seguía su marcha; que un hombre que perdía sus mejores años llorando un amor era un idiota; que ninguna mujer, por hermosa que sea, merece ciega obediencia cuando llama imperiosamente a un hombre. Decía, además...

Pero allí estaba yo, esperándola. Aparté el vaso de *whisky* y me disponía a guardar la nota, cuando una voz suave como el terciopelo me dijo al oído:

—Encanto mío, podrías invitarme a tomar algo.

El camarero salvó mi vaso; así la mano de la joven, la invité a tomar asiento y me senté a su lado. Sentí que la sangre me subía al rostro.

—Tomo lo que estés tomando tú —me dijo Lisa. Volviéndose hacia el mozo, agregó—: Con agua.

Cuando el camarero se hubo alejado, me miró a los ojos.

—Ya ves cómo recuerdo tus enseñanzas.

—Deja de dar tantas vueltas; quiero mirarte —exclamé—. ¡Hum! La riqueza no te ha arruinado tanto como temía.

—Te agradezco el cumplido.

—¿Tienes tostado así todo el cuerpo? Supongo que habrás estado en Miami, ¿eh?

—Sí, Jim. ¡Cuánto me alegro de verte! Me encanta tu aspecto. ¿Cómo estaba España? Oí decir que volabas para Largo.

—Mucho más viejo —repuse—. Mis reacciones se han tornado muy lentas. También sufro arterioesclerosis incipiente y tengo un diente falso. No soy más fino que una sombra del Adonis que conociste. Mientras que tú...

El cabello bronceado caía ahora sobre sus hombros en suaves ondas, cubiertas a medias por el diminuto sombrero. Su naricilla era muy recta y estaba empolvada, y las pe-

cas se perdían casi de vista por lo tostado de su cutis; su boca estaba tan roja y sonriente como siempre. Aparentaba ser lo que era: una encantadora chiquilla voluntariosa; un tímido paje salido de un gobelino del Renacimiento; una Diana de largas piernas, caderas estrechas y senos como los de Venus.

Hice otra seña al camarero, di a Lisa un cigarrillo, encendí otro para mí y dije:

—Comenzará la sesión. Había olvidado que tus ojos tenían ese matiz tan raro de verde. Aquí tenemos la citación. —Saqué su nota y la puse sobre la mesa—. Y aquí está la respuesta.

Del sitio donde lo llevara todos los días de mi vida, extraje el otro medio dólar y lo coloqué junto al primero.

—Sancho Pan... Quiero decir, Don Quijote ha llegado. ¿De qué se trata?

—Siempre el mismo exhibicionista —dijo Lisa—. Apuesto que te costó mucho trabajo encontrar tu mitad.

—¿Por qué no me telefoneaste?

—Pues, hacía mucho que no nos veíamos..., y no me agradan las secretarías que me tratan mal...

—De modo que telefoneaste, ¿eh? Hace meses que quiero despedir a esa chica.

—No, no le di mi nombre. Era imprescindible que te viera, y adiviné que lo comprenderías así si te enviaba... Sabía que recordarías.

Lo recordaba demasiado bien. Luna llena en el Caribe y un silencio pletórico de vida, mientras yo rompía en dos ese tonto billete y afirmaba: «Si alguna vez estamos separados y necesitas de mí, envíame esto y lo sabré. Por ti sería capaz de volver de la luna».

—Bien —manifesté—, las promesas se cumplen. De todos modos, no tuve necesidad de volar desde la luna. Sólo caminé seis cuadras por la Avenida del Parque.

Ella tendió la mano y yo aparté la mía.

—Lo siento —dijo—. Pero tengo que... No estoy... No es...

—No lo habría creído —expresé.

Volvió hacia mí su rostro y advertí que estaba pálida.

—¿Te parece que estaré por perder el sentido?

—Estás muy pálida. Toma un trago.

Le temblaba la mano, pero obedeció al instante y dejó escapar luego un largo suspiro. Arrellanóse en el asiento e inspiró profundamente. El color volvió a sus mejillas.

—¿Te sientes mejor, ahora?

—Sí. Es una novedad para mí. El salón parecía dar vueltas.

—¿Quieres decir que nunca habías visto girar un salón?

—De ese modo, no.

—Bueno, cuéntaselo todo al doctor Steele.

—Bien, pero es muy molesto. Me amenazan con un asesinato.

—Eso siempre es molesto —declaré—. Pero, probablemente, *ella* no habla en serio. No tienes más que hablarle francamente y prometerle que dejarás en paz a su marido.

—Hablo en serio.

—¿Quieres decir que alguien te ha amenazado?

—No. Me dicen que yo maté a alguien y que lo van a hacer público.

—¡Ja, ja! —reí—. ¿Qué no harán los ricos? Debe haber sido un fin de semana muy divertido. Supongo que habrás escondido el cadáver en la chimenea, ¿eh?

—Escucha, tonto del demonio... ¡Caramba, me castañean demasiado los dientes! Quizá me haría bien un poco de coñac puro.

—Por supuesto.

Hice el pedido. El camarero parecía ser muy servicial; en menos de seis segundos teníamos el coñac sobre la mesa. El piano comenzó a hacerse oír de nuevo y sus acordes ahogaron nuestras voces.

—Gracias, querido —dijo Lisa—. Ya me siento bien. ¿Dónde estaba?

—Acababas de limpiar el cuchillo ensangrentado para guardarlo en el armario de la cocina.

—Comenzaré por el principio.

Decidí que lo más conveniente sería cortar por lo sano:

—Si me permites decir algo antes de que comiences —le interrumpí—, te advertiré que pierdes tu tiempo. No sé qué piensas contarme; pero desde ya te aseguro que no dará resultado. No volveré a ser el cachorro obediente de antes. Hace dos años que dejé escapar mi último ladrido...

—De esa manera tan delicada quieres decirme que soy una hechicera, ¿verdad?

—Muchas veces me lo he preguntado —repuse, muy pensativo—. Pero no, no creo que lo seas. Eres simplemente alocada. ¿Ya tienes que irte?

—No pienso irme hasta dentro de varias horas. Con toda sinceridad, me encuentro en un aprieto terrible.

—Perdona que te lo mencione, pero ¿qué me dices de tu nuevo esposo?

Me obsequió con una sonrisa radiante.

—Ahora sé que me ayudarás. Lo adivino por el tono desagradable con que te referiste a mi esposo. Mira, toma un trozo de papel y un lápiz y anota los detalles principales, tal como debe hacerlo un buen detective.

Dejé escapar un gruñido desagradable.

—Comenzaremos con nuestra heroína —dijo Lisa—. Lisa Mitchell, la Hechicera. Edad: veintiocho años; cabello cobrizo; ojos verdes, estatura: un metro sesenta; de naturaleza noble y muy confiada. Alcohólica incipiente, lo cual no es extraño si se considera lo que ha sufrido. Y ya que hablamos de eso, el vaso está vacío... Gracias.

«Esta jovencita se casa con un... con un...».

—Con un imbécil —intervine.

—... con un muchacho de unos cuarenta años de edad y de gran experiencia. Apenas termina la feliz pareja de

efectuar un viaje de novios alrededor del mundo y de instalarse en Connecticut, cuando una explosión en el Canal destroza su yate, mata al esposo y deja viuda a Lisa. Su cabello y cejas quedan chamuscados, pero muy pronto vuelven a la normalidad.

—Es en este punto cuando la joven viuda conoce al amor de su vida, a un tal James Steele —tercié yo—. El mismo caballero, orgullo de su profesión, a quien le está haciendo pagar sus copas en el mismo bar dónde una vez le declaró él su pasión. ¿Y qué hace ella? Una vez que lo tiene en sus garras, deja al pobre tonto librado a su triste destino..., y regresa de Europa, un año más tarde, casada con un gorila con título de médico...

—Es un buen muchacho, Jim —declaró ella en tono suave.

—Está bien —convine—. Comprendo que esta conversación no es de muy buen gusto, pero tú la iniciaste. Prosigue. Creo que estabas de regreso de Europa con tu gorila. Naturalmente, sólo he visto su retrato.

—Un muchacho *muy* bueno, Jim. Y lo admitirás cuando lo conozcas mejor. Bien; entonces, ella ha regresado de Europa y después de un corto viaje al sur vuelve a dedicarse a la vida tranquila del campo.

—¿Feliz?

—Tranquila, más bien. Mike tiene una buena clientela, y la psiquiatría no es como las otras especialidades. Se puede ajustar uno a un horario. Claro que la señora Gish podría sufrir un ataque a una hora inconveniente, pero eso no ocurre a menudo.

—Muy bien. Comprendo. La paz idílica de la campiña de Connecticut se interrumpe sólo ocasionalmente con el entrechocar de las cadenas con que tienen asegurada a la señora Gish en el sótano. ¿Y después?

—Después recibí una carta.

No cambió su voz al pronunciar estas palabras. Pero la estaba observando y vi que de nuevo se retiraba la sangre

de su rostro, mientras que sus pupilas se dilataban enormemente. Hasta ese momento había creído que se burlaba de mí, pero comprendí entonces que la dominaba un terror pánico.

—Te la mostraré; no la tengo aquí. No tenía ningún sentido; pero me resultó... turbadora. Una semana después llegó otra, y esta... Bueno, me dio la impresión de ser un ratón con el cual juega el gato antes de matarlo. Hace dos días recibí la tercera. Es muy específica...

—¿Amenazadora?

—Quieren cien mil dólares —manifestó quedamente.

—¿Qué? ¿Quién?

—Él que escribe. De otro modo...

—De otro modo, ¿qué?

—De otro modo se lo dirán a Mike y a la policía.

—Pero, dime, tontita —exclamé con impaciencia—, ¿qué es lo que dirán a Mike y a la policía?

—Algo horrendo —respondió ella en su susurro cargado de horror.

—Escucha, preciosa; el viejo maestro es muy listo; pero hoy cometió el error de dejar en su casa la esfera mágica. ¿No podrías darme algunos detalles?

—El yate —murmuró ella—. La noche que murió Norman. Antes de eso ocurrió algo...

Tragó saliva y se interrumpió. Le puse un cigarrillo entre los labios y se lo encendí. Las mujeres son maravillosas. Había dominado sus nervios antes de que apagara yo el fósforo.

—¡Soy tan tonta! Pero tú no has visto las cartas, Dices que yo lo maté.

—Si lo hiciste, mereces un premio Nobel —declaré de todo corazón.

—¡Por favor, Jim!

—Está bien, me pondré serio. Comprendo que es muy molesto, pero no significa nada en absoluto. No deberías pensar siquiera en ello.

—Tú no has visto las cartas.

—No necesito verlas. Todos los que poseen una fortuna como la tuya reciben cosas per el estilo. No hay más que levantar el auricular del teléfono y discar Spring 3100. Preguntas por el teniente Decker, mencionas mi nombre, y se terminan todas tus dificultades.

—Ya me figuré que dirías algo por el estilo. No dará resultado.

—No seas absurda.

—Tú no has visto las cartas —insistió.

—¿Por qué no las trajiste?

—No... no me fue posible tocarlas.

—Lisa, ya veo dónde estará esta conversación dentro de cinco minutos si no tomo un atajo. Estás preparándome para sugerirme que vaya a Old Lyme...

—Sólo por el fin de semana.

—Calla, por favor. Luego me pedirás que descubra a esos bribones o algo por el estilo... Deja de tocarme con la rodilla. Con toda deliberación dejaste esas cartas en tu casa para despertar mi curiosidad. No te acerques tanto; me marea tu proximidad. Tienes un buen marido a quien pedirle ayuda, y el asunto me parece ridículo. La policía te lo arreglará sin que se sepa nada que pueda dañar la carrera de tu precioso Mike... ¿Usaste un traje de baño de dos piezas en Miami, o sólo el *short*? Hasta donde puedo ver estás completamente tostada.

Ella me besó impulsivamente.

—Gracias, Jim.

—Estás loca. Estaba preparándome para darte una roncunda...

—Está bien, jefe. Ahora te invitaré yo con una copa y te llevaré al club para que eches algunas ropas en una maleta.

—¡Esto es un secuestro!

—Eres un muchacho buenísimo que no vacila en prestar su ayuda a una chica que la necesita —respondió ella.

CAPÍTULO 2

Puse la maleta en el baúl de equipajes, y Lisa se corrió en el asiento tapizado de rojo para que me instalara frente al volante.

—Guía tú; iremos más rápido. ¿Tienes inconveniente?

—Es un honor el solo hecho de dar la vuelta a la esquina con este coche —le aseguré.

Aparté el vehículo del cordón y oprimí el acelerador, lo cual fue un error. El motor rugió súbitamente y me sentí aplastado contra el asiento al partir el auto a gran velocidad. Dimos la vuelta a la esquina y los neumáticos rechinaron fieramente. Llegamos a la otra cuadra antes de que yo pudiera recobrar el Aliento.

Para el momento en que hubimos recorrido una docena de cuadras por la Avenida del Parque, había un nuevo amor en mi vida.

—¿Te gusta? —me preguntó Lisa.

—Es increíble. Debe tener sangre de avestruz. Me lo dejarás en tu testamento, ¿verdad?

—Es tuyo ahora mismo —repuso ella—. Con todo el cariño de Lisa..., y su eterno agradecimiento.

Comprendí que hablaba en serio. Me regalaba un automóvil de varios miles de dólares sólo porque se sentía agradecida. Así era Lisa. Me sentí turbado. Cualquier cosa que dijera estaría mal, pues me lo había ofrecido de todo corazón.

—Eres un encanto, chiquilla —manifesté—. Pero no puedes sobornarnos así a los detectives. En serio, el coche es magnífico. Algún día pediré a un vendedor que me lo deje probar.

—Eres orgulloso, ¿eh? Yo también puedo ser obstinada. Pensaba venderlo, Jim; es demasiado grande para mí. Pero

no hablemos de eso y continúa guiando en silencio.

—Yo... —comencé.

Su mano me cubrió los labios. Su piel tenía la textura de la seda y el aroma de las rosas. No moví los labios, aunque hubiera deseado hacerlo. Al fin retiró la mano y sentí que la sangre se me subía al rostro.

Avanzamos por el camino de Hendrick Hudson hasta donde se bifurca para correr hacia White Plains, y pasamos luego por Glenville, Post Road y Greenwich. El automóvil era maravilloso. Cuando nos libramos del numeroso tránsito de la ciudad, Lisa dejó escapar un largo suspiro y se arrellanó en el asiento. Le molestaba el sombrero y se lo quitó, atándose un pañuelo de color anaranjado sobre sus cabellos. A poco su cabeza apoyóse sobre mi hombro y sentí su Aliento sobre mi mejilla.

Varios faroles azules iluminaban con bonitos reflejos la faja del camino flanqueada por numerosos árboles, y un letrero de neón anunciaba que habíamos llegado a «La Gruta Azul». El enorme automóvil hizo saltar la grava cuando dimos la vuelta en torno de un macizo de flores y nos detuvimos frente a un pabellón en el cual bailaban una docena de parejas, a los acordes de una radio invisible.

Lisa abrió los ojos y me sonrió de manera turbadora.

—¿Habrá algo de beber en este lugar? —murmuró.

Respondí que no confiaba en el *whisky* que servían allí, pero que pediríamos una gaseosa, y saqué mi botella de la maleta.

Eran casi las ocho y media, pero ninguno de los dos teníamos apetito. Bebimos varios vasos de *whisky* y me sentía más feliz de lo que me sintiera desde hacía mucho tiempo. Lisa dijo suavemente:

—Jim, tengo que decirte algunas cosas.

—¿No podríamos pasarlas por alto? Gocemos de este momento sin pensar en nada.

—Creíste que estuve en el extranjero durante un año, ¿verdad? Pero no fue así. Tu amada estuvo en un manico-

mio.

—¿Locuela?

—Eso mismo.

—No hablas en serio.

—Bueno, quizá no estaba loca de veras, pero sí estuve en un manicomio.

Sólo se me ocurrió decir:

—Siempre se te ocurrieron las ideas más raras. ¿Dónde fue eso?

—Donde estaba Mike. Es decir, él formaba parte del cuerpo médico de la casa.

Me erguí en la silla, muy sorprendido.

—¡Vaya, vaya! ¿Quieres decir que esa carta en la que te despedías de mí, diciendo que partías de viaje, me la...

—Te la despaché desde la estación Gran Central, cuando estaba por marchar hacia El Retiro, como lo llamábamos.

—¿No estuviste en el extranjero?

—¡Oh, sí! En El Retiro estuve siete meses. Luego me fui al extranjero por un par de meses más, y Mike fue a buscarme, nos casamos en París y regresamos juntos.

—Y si me permites la pregunta, ¿por qué lo hiciste?

—¿Qué cosa? ¿Casarme con Mike?

—No, encerrarte así.

—Sólo reñiremos si te lo digo, pero lo haré. Mike opinó que era lo que más me convenía.

—Y yo que creía que lo conociste en Cannes —declaré disgustado—. ¿Eres capaz de asegurarme que mientras tú y yo nos divertíamos a más y mejor, ibas a consultar a ese muchacho y nunca me lo dijiste?

—Sólo lo hice dos veces. Estaba muy mal. Tú lo sabías, pero ignorabas hasta qué extremo llegaba mi enfermedad.

—Tengo un par de orejas. Bien podrías...

—Lo sé. Ahora parece irrazonable. Pero en aquel entonces no estaba en condiciones de pensar con claridad... Te-